

La actualidad del problema religioso.

La Nación de Buenos Aires publica un artículo de Joseph Caillaux acerca del viejo y permanente problema de las relaciones del Estado y la Iglesia, que acontecimientos políticos de última data renuevan en Francia, y que las reformas constitucionales de nuestro país hacen también de actualidad entre nosotros.

Comenta el ministro francés el ataque periódicamente repetido contra las izquierdas de la política de su patria: «la República francesa está en guerra con la religión»; y concluye precisando cómo los esfuerzos de la política radical no significan una avanzada contra los derechos legítimos de la conciencia religiosa, sino el propósito de fijar los límites a que es lícito lleguen las actividades eclesiásticas, y de delimitar su acción relativamente al campo propio del ejercicio de las actividades políticas.

Señala los progresos de la legislación americana en lo que se relaciona con la neutralidad religiosa en la enseñanza, para establecer que los fines que los partidos avanzados anhelan obtener en Francia es sólo lo que en América está ya incorporado a la legislación positiva, sin que se hayan levantado contra tales reformas reproches de inmoralidad o de atropello a los

principios de libertad que los propios partidos de avanzada sustentan y defienden.

En Alsacia y Lorena, por ejemplo, el espíritu clerical se opone a la fundación de escuelas nacionales o municipales donde los alumnos protestantes o judíos puedan ocupar los mismos bancos que los católicos. He aquí, pues, un hecho por el cual el estadista francés fija el alcance y la actual posición del problema religioso en su patria.

Lo que en verdad hay en el fondo de este problema, piensa Caillaux, no es el propósito de defender la religión contra un pretendido deseo de colocarla al margen de las garantías de libertad sino el anhelo de desposeer a un *Gobierno que no es del agrado de los grupos sociales y políticos que han unido su fortuna a la de la Iglesia, para detrimento de ella.*

A pesar de todas las protestas de neutralidad política, la participación de la Iglesia, o más bien del clero, en la vida colectiva, *tendrá una tendencia fatal a ejercerse paralelamente a la acción de los partidarios de pasados regímenes de gobierno, y a fomentar y encauzar las formas del conservantismo social.*

Los ataques a las leyes de matrimonio civil y divorcio prueban esa tendencia inevitablemente reaccionaria de las actividades sociales de la Iglesia.

El manifiesto del Episcopado francés es un *Syllabus de reacción* que reproduce en nuestro siglo el que Pío IX formulara en el siglo XIX.

No es, pues, un problema de hoy, suscitado por los avances abusivos de la política de izquierda, esta cuestión religiosa. No es el desacuerdo del Gobierno liberal con Roma el que haya irritado a los representantes de la Iglesia. Las relaciones de Francia con el Papado no siempre han sido cordiales; reyes franceses declararon la guerra a la Santa Sede, y los ejércitos del rey de Francia contaron entonces con el apoyo económico del clero francés.

No se ha suscitado, pues, el problema religioso por las necesidades de la defensa de libertades espirituales desconoci-

das o amagadas; ni por reacción frente a una iniciativa liberal que invade un terreno de actividades que no le es propio. La reacción no invoca la libertad, sino como un medio de recobrar la dominación absoluta.

La Iglesia no se coloca contra el Gobierno liberal, sino porque así lo exigen las tendencias políticas conservadoras cuyos intereses y actividades se desenvuelven en armonía con la acción social de la Iglesia, y porque ambas fuerzas de reacción ven en el Gobierno liberal, por un lado, una valla a los intereses que constituyen el ideal político conservador, y por otro, un peligro para las aspiraciones de dominación temporal que la Iglesia sustenta.—V.